

MILITANTES DEL ODIO

“Avísenle a mi contrario
que aquí estoy yo...”

(Guaguan có anónimo: siglo XIX)

1

Ahora, el pequeño apartamento de Inés sabe a jardín. Está en un primer piso de la Calle 12, a la altura del cementerio. Una mínima sala-comedor. Un dormitorio. Un baño completo. Una cocina que usamos poco. Inés, casi siempre, se queda a comer en el tencent donde trabaja.

El dormitorio da a la calle Zapata. Tiene una ventana sobre el equipo de aire acondicionado, que apenas se abría. Era la única forma de mantener una temperatura agradable dentro del cuarto de dormir. Precisando, esa ventana solamente se ha abierto tres veces. Las tres he sido yo.

La primera vez que la abrí --hace algunos meses-- fué cuando un sabotaje dejó sin electricidad toda la barriada por espacio de 20 horas. Entonces, el perfume de las florerías cercanas aromó todo el apartamento.

Esta ventana agrade la calle que separa el edificio de los muros del cementerio. Es un mirador a la muerte esta ventana. Desde ella --hace muchas semanas-- presencié el entierro de un importante hombre del régimen. Aquella fué la segunda vez que la abrí. Como el aire acondicionado estaba prendido al acercarme a la ventana, sentí que el frío penetraba groseramente mis pan-

talones y la ropa interior, y se pegaba a mis muslos como un bloque de hielo. Inés dijo que desde su ventana se veía la muerte y se sentía su frío.

Ahora, como la ventana permanece abierta todo el tiempo, yo estoy más feliz. Fué necesario sacar el equipo de aire acondicionado y utilizar su caparazón para esconder los hierros. Mejor dicho: una buena parte de los hierros.

Yo mismo desconecté el aparato. Le saqué la tapa protectora. Destornillé el equipo. Vacíé toda la tripa eléctrica y --después de sacudir la cavidad del casco-- pasé un paño húmedo por su interior. Coloqué cuidadosamente el material. Al fondo, puse la dinamita, algunas cápsulas de napalm, mechas, fulminantes y estopa. A continuación, introduje seis cajas de balas de diferentes calibres. Dejé el espacio inmediato para guardar cuatro granadas que nos quedaban, las seis brownigs con su par de peines y las dos metralletas israelitas. Volví a poner la tapa del equipo.

Entonces fué cuando abrí por tercera y última vez la ventana.

Así permanece. Por ella entra el delicioso olor de las florerías que ocupan las aceras hasta la Calle 23. El perfume de gladiolos, de jorjand, de rosas blancas, de azucenas, ha convertido el apartamentico en el lugar más agradable de la ciudad. Repito que fué una suerte tener que convertir la cubierta del aire acondicionado en arsenal.

Mañana, que es domingo, estaré un buen rato frente a la ventana. Como Inés no tiene que ir al trabajo, aprovechará para lavar su ropa interior, limpiar el apartamento y ordenar lo que ambos desarréglamos en el resto de la semana.

En la calle, desde muy temprano comenzará el desfile de dolientes por ambas aceras. La mayoría son mujeres. Esto me ha hecho pensar que quieren menos que los hombres. ¿Por qué, si no, ese interés en cumplir semanalmente con sus muertos?

Todas son diferentes. No se conocen entre ellas. El muerto de una puede llevar veinte años enterrado y el de la otra dos semanas. Sin embargo, todas hacen lo mismo: suben entristecidas desde la Calle 23, se detienen a comprar los ramos de flores. Entonces es cuando la ridiculez vence al sentimiento: regatean con el florero. Acceden a que éste les quite una o dos flores a cambio de una peseta menos --soslayando que acaban de regatear luz a sus cadáveres--, pagan de una carterita pequeña que llevan dentro de otra mayor, cargan el cucurucho de flores como si fuera un niño y se pierden dentro de la jungla de cruces.

Yo permanezco en la ventana. Al rato, las veo regresar bajo el amplio arco del cementerio. Para ese tiempo ya sus rostros están iluminados. Lucen satisfechas. Casi contentas. Han cumplido con sus muertos y podrán dedicar la tarde a ir al cine, dormir la siesta, hacer visitas. Todo sin remordimiento. Quien quiera arrancar un favor a una mujer debe esperarla a la salida de los cementerios. Me luce difícil que una mujer niegue algún favor después que ha cumplido con su difunto.

Se lo digo a Inés y se ríe, descreída. Ella suele reirse de todo lo que digo, pero no me cree cuando intento filosofar. "Tú eres el poeta de la grosería", me dice. Cuando mis ideas son demasiado vulgares, las califica bárbaramente: "Eso sabe como el eructo de un oso", señala. Pero termina generalmente justificándome: "Ni tú mis-

mo crees las tonterías que se te ocurren". Entonces le doy una nalgada o la aprieto desde la espalda para que me sienta o, simplemente, me la llevo cargada hasta la cama.

Los dos permanecemos desnudos sobre la sábana. Yo me refugio en una novela de Leon Uris. Inés, a mi lado, se mantiene muda. Sabe la costumbre. La novela de Uris se llama "Mila 18" y la compré principalmente por la portada. De otros escritores suelo comprar cualquiera edición --Lagerkvist, Cela, los japoneses Akutagawa y Dazai y el griego Kazantzakis-- por poco sugestiva que sea. Leon Uris, aunque domina el arte de novelar, aún tiene que vender por la portada, la leyenda de la tapa y el tamaño de la letra. Claro que excluyo la posibilidad de que monte el expendio de sus libros en la puerta de una sinagoga.

La portada de "Mila 18" es un guerrillero a todo color con un rifle en una mano y un coctel Molotov en la otra, a punto de arrojarlo. Su rostro transmite odio y desprecio por lo que tiene delante y exterminará de inmediato.

Inés pasa sus dedos por mi espalda. Calcula que se ha cumplido el ciclo extenuante. Siento sus yemas en la leve zanjita de la columna vertebral. Su dedo prosigue ascendiendo y cayendo sobre mis vértebras y sus mínimos cráteres. Esquivo el dedo juguetón de Inés. Me vuelvo. Ahora su mano osa continuar su recorrido sobre mi humanidad. Marco la lectura. Página 79, "con Paul Bronski". Pongo el libro sobre la mesita de noche, a un lado de mi reloj pulsera, de mis lentes, de mi cartera curvada por el molde natural del bolsillo trasero del pantalón. Empujo mis dedos hacia la cabellera terriblemente rubia de Inés. Sus ojos claros se

hunden en las largas pestañas. La halo hacia mi cuerpo. Su mano insiste con impúdica ingenuidad en mis muslos. Nos convertimos en una maraña de extremidades, de besos.

Por la ventana, frente a nosotros, continúa penetrando el aroma --el sugestivo aroma-- de las florerías. En ambas aceras --estoy seguro-- no se ha detenido la dominguera procesión de dolientes. Dentro de la caparazón del aire acondicionado, dormidas, mansitas, permanecen las armas y el material.

2

La mañana del domingo transcurrió, más o menos, como había imaginado. Inés recogió la casa. Se mantuvo encerrada en su silencio característico. Nos quisimos con insistencia. Lo único que varió fué mi entretenimiento semanal: llovió temprano y el desfile del dolor fué escaso y deslucido. "No me explico este tipo de sentimiento que teme a un poco de lluvia", pensé.

Al mediodía llamó Manuel. "Ya tengo a los otros", me dijo. "Seremos seis en total".

Hubiera querido preguntarle si yo los conocía, pero el teléfono lo usamos para las frases necesarias. Al final, en clave, me dió lugar y hora: "Donde los pájaros a la mitad exacta". Colgó. Inés, como siempre, no habló en relación con la llamada de Manuel. Mostraba su nerviosidad en un vago movimiento de sus manos.

Noche. Salimos a dar un paseo en mi carro. Bajo por la Calle 23 hasta Infanta. Estaciono frente a un bar. Su lumínico echa un chorro rojo sobre la carrocería, sobre los cristales, sobre las vestiduras de mi carro. Después el chorro es azul. Todo esto lo noto mientras subo los cristales de las ventanillas y echo llave a las puertas. Hay un momento en que el lumínico se aburre y retira

ambos colores. Pero reaparece al instante con los dos juntos y hasta con una serie de guiones verdes.

Camino con Inés por los portales de Ambar Motors. Nos internamos en la Rampa. Intentamos penetrar en una exhibición de pintura figurativa de un joven llamado Jares. Yo lo había conocido en París, en la Maison de Cuba de la Cité Universitaire. Eso fué el año 57. Recuerdo que sus cuadros gustaban y hasta habían obtenido esas escasas líneas de afecto que dedican los críticos franceses a los "inconnú". Creo que su éxito descansó en su desparpajo para meter la agresividad de puros colores, de restallantes colores tropicales, en la gris monotonía parisina.

Desisto de pasar a la exposición: en la puerta hay dos hombres vendiendo el magazine Mella. Uno de los dos tipos me resulta conocido: es el mismo que me detuvo cuando la anterior tiranía. Era esbirro. "Solamente protegido por el Partido es que has podido mantenerte aquí dentro", le digo cuando se acerca a venderme su mercancía. El hombrecito se paraliza. Cambia el paquete de revistas para el otro brazo. Se aleja apresuradamente. Inés me aprieta la mano. Seguimos.

Entramos en la cafetería que está a la derecha del edificio. El camarero trae el menú de escasos platos, adornado con slogans y consignas. "Que Vengan", reza uno de ellos. Inés lo señala. Me habla por lo bajo: "Ojalá que se refieran a las carnes". Como no hay platos donde escoger, pedimos lo de siempre:

--Sandwich de tomate y dos cervezas... --indica Inés. Yo paso revista a mis recuerdos.

El hombre que ahora vende publicaciones comunistas fué en compañía de otros dos, cuando el anterior dictador, a sacarme de casa. Arrojó mis libros al suelo después de hojearlos uno a uno. Viró los colchones. Registró hasta las gavetas de un mueble de mi madre. Por último se sentó a esperarme.

Yo llegué a las 12, más o menos. Metí la llave. Abrí. Mi madre, encogida, estaba en un rincón del sofá. El hombrecito y sus acompañantes se repartían las sillas de la misma pared donde está la puerta.

--¡Vamos! --me dijo. Miré el reguero de libros en el piso. Algunos habían caído de lomo, abiertos, como casitas de tabaco. Mi madre lloraba. Me dejé conducir a la estación.

Me encerraron en un calabozo junto a cinco compañeros de la Universidad. El más locuaz de ellos se apellidaba Cabrera. Era abogado. Su responsabilidad era la de ir a las estaciones policíacas y declararse abogado defensor de los presos políticos --aunque no los conociera--. Así pudo salvar a muchos. Si posteriormente había juicio, allí aparecía Cabrera en funciones legales.

Cabrera no sabía por qué lo habían detenido. "Vine a ocuparme de este muchacho", me dijo señalando a un jovencito que compartía nuestro calabozo, "y me metieron junto con él".

--Así son esta gente, creo que dije. El hombrecito que me había detenido no esperó, siquiera, a que levantaran el acta. Eludía mi presencia. Firmó un libro y preguntó con insistencia si se podía marchar. Se fué. No volví a verlo hasta ahora.

A las 3 de la madrugada llegó el Coronel Ventós. Era el enemigo número uno de la clandestinidad. Joven, espigado. Su bien cuidado bigotito era una fina manchita negra en medio de su pulcritud y de la blancura de su bien cortado traje. Se confundía con un bon vivant. Sin embargo, la sangre que regaba cada noche parecía necesitarla tanto como un hematófago.

Todos temblamos con la presencia de Ventós. Debía venir de algún club elegante o de alguna fiesta de importancia. Parecía escapado de un figurín francés. Se acercó, eufórico, a la reja de nuestro calabozo.

--¡Te dije que me las pagarías!.. --le gritó a Cabrera.

Volvió al interior de la carpeta. Habló bajo con el capitán. Rompió un papel. "Esto está malo", dijo Cabrera. Después pasó a explicarme: "La cosa fué en un juicio reciente. Yo hice que mi defendido se quitara la camisa para que el juez viera los golpes que Ventós le había propinado. En aquel momento fué cuando me gritó, delante del juez y de todos los presentes, que yo se las pagaría".

Cabrera calló. Ventós regresó frente a la celda. Conminó a Cabrera a salir. Un policía abrió la reja. Yo miraba fijamente a Ventós. El olor de su agua de colonia penetraba todo el calabozo, todo el local. Esa ha sido la única vez que aborrecí el perfume. Su corbata, de seda roja a rayas, exhibía un pasador con una V hecha de brillantes. Sus uñas tenían brillo artificial. Las ondas de su pelo eran demasiado acentuadas. Sus zapatos --lisos, negros, lustrosos-- asomaban su pala inconsútil bajo la blancura del pantalón de dril. En sus ojos

había un brillo exagerado.

Cabrera salió decididamente. "Avisen al Colegio de Abogados", nos dijo ingenuamente en voz alta, aunque él mismo no tuviese fe en la efectividad de su gestión.

Apenas pudo dar cuatro pasos. Ventós lo empujó hacia un rincón, al final del pasillo. Primero intentó cachetearle lanzando sus manos abiertas sobre el rostro de Cabrera. El joven abogado se defendía bajo la humilde protección de sus manos, sin intentar la riposta. El coronel enterró una rodilla en el sexo de su víctima. Cabrera bajó las manos a la ingle en medio de un espantoso grito.

Ventós sacó su pistola --metida dentro del pantalón, a la altura de la faja-- y dió un culatazo al abogado. El golpe fué seco, como la caída de un coco. Las gafas de Cabrera rodaron al suelo. De su frente salía un hilo de sangre.

El joven comenzó a caer. Antes de llegar al piso, Ventós había descargado otro culatazo en la cabeza de su víctima. Nosotros, a menos de cinco metros, nos tirábamos contra la reja inútilmente. "¡Acaba de matarlo, hijo de p...!, grité. "¡Mátanos a nosotros también, m.....!", gritó otro de los detenidos.

Ventós no escuchaba ni las ofensas. Tenía la mirada de determinadas bestias cuando comenzó a patear a Cabrera. Dió media vuelta, quedando de frente a nosotros, porque era la mejor posición para romper el bazo o alguna víscera de Cabrera. O, simplemente, para reventarlo.

Su zapato debió entrar más de veinte veces en el estómago del abogado. Yo miré fijamente, en aquel momento, el rostro de Ventós. Su vista era demencial. Por la comisura de sus labios salía una

baba blanca y espesa que le manchaba la pechera, la corbata. Jadeaba. El botón del cuello de su camisa debió soltarse, porque la corbata andaba a la deriva. Entonces se acercó más a Cabrera. Bajé mi vista y ví cordones de sangre que brotaban de la nariz, los oídos y la boca del joven. Para ese tiempo ya debía estar reventado. Ventós había decidido variar el estilo y ahora taconeaba sobre el rostro de Cabrera. La sangre de éste salpicaba los pantalones del coronel.

Desde un largo banco, al fondo de la puerta, varios policías miraban la escena.

--Ya está bueno, coronel... --dijo uno de ellos. Se dirigió en compañía de los otros hasta el rincón. Sostuvieron por los brazos a Ventós. Lo separaron varios pasos de Cabrera. Uno de los guardias echaba fresco al coronel con un periódico doblado. Este lucía completamente animal. Su mirada, su baba, sus gestos, eran selváticos. "Ya no humano", habría dicho el japonés Osamu Dazai.

Cabrera ya no tenía rostro. Los tacones de Ventós habían convertido su cara en un mazacote sanguinolento. Una oreja estaba completamente separada. La lengua, desgarrada, goteaba sobre el amasijo de dientes desprendidos. Un hoyo profundo, negro, echaba borbotones de sangre sobre su frente. Escuchamos un ronquido tremendo, monstruoso, y Cabrera quedó definitivamente quieto sobre su propia sangre.

Ventós fué llevado a rastras hasta el despacho del capitán. Cuando lo pasaron frente a nosotros le lanzamos salivazos e improperios. Debió irse por otra puerta porque no volvimos a verle.

Cuando me pusieron en libertad, a las once de

la mañana del día siguiente, el cadáver de Cabrera permanecía en el mismo rincón donde lo asesinara Ventós. Ya estaba completamente hinchado.

Cuatro días después mi madre hacía gestiones, y a la semana siguiente me embarcaba para España.

--¿Y para esto murió Cabrera?.. --pregunto en voz alta a Inés mientras le señalo un afiche con el rostro de Lenin.

--¿De qué me hablas?..

--De nada. No tengo apetito. Cómete ambos sandwiches....

Al regreso, el hombrecito ha reanudado la venta del libelo comunista. Paso por su lado con deseos de meterle un balazo en la tabla del pecho. La última mueca de Cabrera se me refleja en su rostro.

El lumínico continúa martilleando con sus rojos, sus azules, sus oscuros, sus verdes, sobre mi carro. Del interior del bar --abrazados y cantando "kalinska"-- salen dos rusos. Cuando me alejo, las voces ebrias de los soviéticos prosiguen su canto. "Kalinska, Kalinska; Kalinska maiá"...

--¿Y para esto murió Cabrera?... --vuelvo a preguntar en voz alta. Inés me mira. No habla. Se hunde en el asiento. Sus manos buscan el encendedor.

Lunes. Cuatro de la tarde. Recojo a Inés en su trabajo. Es lejos, pero el viaje hasta Miramar me entretiene. Recorremos la Quinta Avenida. Hago tiempo para reunirme con los demás. "Dentro de unos días, posiblemente, tendré que volver a la clandestinidad o, al menos, cuidarme por algún tiempo". Trato de variar mis pensamientos. Inés se entretiene en las manijas del radio. Sus manos hablan por el silencio habitual en su boca.

Nos detenemos en el "Saigón". Pido dos tragos. Nos dan vodka. Debe ser la única bebida que tienen en existencia.

--¿No hay otra?...

--Si; hay vino polaco y ron del país...

--Deja los vodkas.

Antes, cuando la comida no estaba racionada, Inés y yo solíamos comer con frecuencia en este sitio. Hacían buena comida china. Su dueño era muy cordial. Cuando aquello, el mural que decora la barra --una pagoda y varios lotos en suaves colores orientales-- no tenía aún esas desmesuradas letras chinas de ahora que dizque dicen "How-pí Mao" (Viva Mao). También se disfrutaba la presencia de un piano donde un joven tímido y de largos dedos echaba sus arañas a llorar sobre el teclado

para interpretar las canciones que le pidieran. Su voz salía mínima y alargada como un murmullo femenino.

Meses después de ser intervenido este restaurant, se rumoró que a su dueño lo ametrallaron tratando de huir a Miami en un bote. Nunca lo he comprobado. Los camareros permanecen mudos cuando se les habla del tema. "Nosotros tampoco sabemos", dicen.

Salimos. Me dirijo a la casa que usamos frente al aeropuerto de Marianao. "Donde los pájaros", había dicho Manuel. Faltan 20 minutos para las 6 de la tarde y los alargo entreteniéndome el vehículo por la maraña residencial de la zona.

Estaciono en la esquina. Inés se queda en el carro. "Tocaré tres veces la bocina si veo algo", dice. Siempre que tiene que esperarme en reuniones como ésta, repite la frase. Las mujeres son extrañas, monótonas, insistentes, no sé qué.

Como siempre, el pasamanos de la escalera está polvoriento. Cuando retiro la mano ya he recogido una buena dosis de hollín. Con carbón, alguien escribió en las paredes: "Patria o Muerte". "Comandante, esta es tu casa". "Que vengan los Imperialistas".

--Esto lo escribió uno de nosotros mismos --pienso.

Manuel me abre. Ya están los otros cuatro. A dos los conozco: me ayudaron a volar un telar en Matanzas hace cinco meses. Desde esa fecha estoy en stand-by. "Para no quemarme", según palabras de Manuel. Los otros dos son desconocidos, pero deben pertenecer también al movimiento cristiano.

No se me despistan: el pececito que han tomado como símbolo lo llevan --como un lumínico invisible-- en la frente.

--Si yo fuera policía --le dije un día a Inés refiriéndome a ellos-- los detendría, uno por uno, sin necesidad de pruebas. Andan con la "Divina Familia" debajo del brazo...

Sin embargo, son capaces de volar una iglesia si supieran que en su interior está un jefe comunista. Los he visto hacer la señal de la cruz o besar la imagen que casi siempre llevan al cuello o mirar al cielo con envidiable misticismo e, inmediatamente, tirar un coctel molotov al interior de un jeep atestado de milicianos.

De los dos conocidos el primero es bajito, feo con exceso, lleva lentes y suele usar una gorra azul de pelotero. En la clandestinidad se hace llamar Yeyo. Yo sabía que estaba en la reunión desde que ví su bicicleta cerca del edificio. Si ahora estuviera de espaldas a mí, yo podría leer en la parte trasera de su camisa "Farmacia Milagros". Las letras fueron bordadas por su madre. Son rojas, mayúsculas, separadas. La idea fué de él y le salió bien. La bicicleta también dice "Farmacia Milagros" en una plancha triangular colocada entre el sillón y los pedales. Dentro de una pequeña maleta trasera --adornada con una enorme cruz roja, caben, fácilmente, dos cocteles molotov, cuatro granadas y una o dos pistolas con sus juegos de peines, y es posible que siempre los lleve.

El mes pasado, Yeyo se aferró a una ventanilla del ómnibus en que yo viajaba. Costumbre de los mensajeros para ahorrarse el pedaleo. En su espalda, el letrero "Farmacia Milagros" se destacaba más que otras veces. Eso, al menos, me pareció. Nos saludamos con un gesto de cabeza.

--Se sirve medicina a domicilio...

Eso dijo. Dobló como un bólido por la esquina siguiente, aprovechando el impulso que le diera el ómnibus en que yo viajaba, y se perdió en el laberinto de vehículos.

A los pocos minutos sentimos una explosión tremenda. "Medicina de la farmacia de Yeyo", pensé.

El otro que conozco no tiene nombre. Le puse Pedro y se le ha quedado. Este muchacho es una garantía en cualquier trabajo.

Es corriente en todo. Su rostro, su mirada, su pelo, sus gestos, son universales dentro de las razas mestizas. Puede pasar por nativo aquí, en Puerto Rico, Santo Domingo, Méjico, Centro América, el sur de España, el norte de Africa o el Medio Oriente.

Fué el tercer hombre en el sabotaje del telar. Me fué presentado antes de salir para Matanzas y apenas habló en aquel momento. Se perdió unos minutos mientras yo echaba gasolina. Cuando apareció y lo ví acercarse yo creía que era alguien que había conocido en otra ocasión. Mi calidad de fisonomista se fué al diablo cuando le dije: "¡Hola! ¿Cómo está usted?", tratando de recordar de donde lo conocía.

El no le dió importancia a mi confusión: se limitó a repetir el santo y seña. Traté de excusarme. El sonrió.

--Me sucede a cada rato --dijo--; mi cara se olvida pronto...

Después no volvió a abrir la boca en todo el viaje. Escuchó el plan. No puso objeciones. Sacó un pequeño tomo de "El Libro de los Hechos de los Apóstoles". Con él se entretuvo hasta que llegamos a Matanzas.

Allí nos esperaba Yeyo. Andaba con su uniforme y su bicicleta. En el interior del maletín iban cuatro estuches plásticos de napalm. Dijo:

--Yo te sigo en la bicicleta.

El que llamo Pedro y yo hicimos lo demás: en unos minutos los conductos del aire acondicionado llevaron la gelatina encendida a todos los rincones del telar. Sin emoción. Simplemente. En escaso tiempo todo había terminado.

Sobró una cápsula de la gelatina. Yo estaba contento, aunque me decepcionó la sencillez del trabajo. Conducía alegremente por las calles de la ciudad. Pedro habló:

--¿Puedes detenerte en esa esquina?..

Me detuve. Pedro se bajó tranquilamente. "¿Tiene un fósforo", oí que preguntaba a un miliciano parado a la puerta de una quincalla. Encendió su cigarro de las manos del miliciano y, mientras tanto, restregaba el material gelatinoso en la vidriera del establecimiento. "Gracias, compañero", dijo al miliciano. Regresó al vehículo con la misma tranquilidad. Cuando tomábamos la Carretera Central se escuchaba la campana de un carro de bomberos.

No volvimos a hablar por el camino. Entrando en La Habana, el radio anunciaba el sabotaje del telar:

---...Parece que utilizaron napalm, comunmente conocido por "gelatina", del que les suministra la

Agencia Central de Inteligencia yanki, incendiando todo el edificio...

Ahí el locutor hablaba de los "bárbaros gusanos que conspiran contra la patria", de los "miles de familias que vivían de dicha fábrica y que ahora se quedarían sin trabajo". Después anunció el incendio de la quincalla:

--...Los cristales de una de las vidrieras del establecimiento --dijo-- saltaron con la explosión, arrancándole una oreja a un miembro de las milicias matanceras, próximo al lugar.

Entonces fué cuando le puse Pedro al joven católico.

--Me gusta el nombre, dijo. Y agregó:

--Para más coincidencia, soy de una familia de pescadores...

Volvió a enmudecer.

Manuel expone con su calma habitual, sin detallar, la acción que nos tiene encomendada:

--Atentado personal: nosotros seis nos bastaremos para librar al país de José Julio del Peso.

Me asombra la noticia. Quizá porque Manuel había dicho antes que "después de esto, si sale bien, los seis tenemos que tomarnos unas vacaciones indefinidas en La Florida", yo había pensado que el trabajo iba a ser otro.

Cumplo con mi deber obedeciendo, pero confieso que detesto atentar directamente contra alguien. La sola idea de ver a la viuda o a la madre o a los huerfanitos --argumentos favoritos del régimen-- llorando frente a las cámaras televisoras, me aterroriza. Siento deseos de oponerme al plan. "No me

gusta; mejor nos tiramos de frente contra un cuartel", quisiera sugerir.

No lo hago. Mi protesta me eliminaría automáticamente. En esta labor lo primero es el odio al comunismo. Lo segundo, la incondicionalidad. El jefe que no vigile el sentido de fidelidad en sus hombres tiene 99 papeletas para terminar frente al paredón.

--¿Todos de acuerdo?, pregunta Manuel moviendo las manos con la brusquedad que suele moverlas un actor que creo que se llama Rod Staiger.

Asentimos. Yeyo se cree obligado a preguntar:

--¿Bastarán las armas y las balas que tenemos?

Manuel hace una última concesión a su parquedad verbal:

--Sobrarán, porque no las utilizaremos. Sería ponernos en la boca de las checas de los hombres que lo protegen.

4

Manuel baja primero. Como siempre, aunque no esté haciendo vida clandestina. Diez minutos después --respetando sus órdenes-- comenzamos a hacerlo los demás.

Cerca de mi carro, dos jóvenes importunaban a Inés con la grosería de sus miradas: modalidad incorporada por el socialismo.

"Gracias a Dios", es todo lo que dice mi mujer. A esa sola frase suele limitar su protesta por haberme metido en esta lucha.

Con el violento primerazo, los dos piropeadores se van reduciendo, haciéndose mínimos, hasta convertirse en nada en el espejito retrovisor de mi automóvil.

Curiosamente, estoy unido a José Julio del Pezo por un sutil y agradable recuerdo. Eso fué antes, cuando él era solamente un supuesto forajido del BRAC --Buró Represivo de Actividades Comunistas-- y yo, un residente de la Ciudad Universitaria de París. Aún no descansaba en sus manos toda la economía ni se le tenía por el tercer hombre de Moscú en mi país.

Nunca le he visto en persona. En las fotogra-

fías y en las pantallas televisoras luce frío, inflexible, con lo que no se diferencia mucho de sus compañeros. Lleva una puntiaguda barba de zamarro. En sus ojos de trucha padece la asqueante presencia de la carúncula lagrimal. Como aquel lusitano clavado por la prosa queirociana, siempre está echando al piso los salivazos que merece en el rostro.

La primera vez que ví una fotografía suya fué en París hacia el año 57. Estaba sobre la mesita de noche del modesto cuarto de un hotel de la Rue Cujas --en el Quartier Latín-- llamado "Saint Michel". Acudí a ese hotel acompañado de un compatriota, corresponsal de una publicación latinoamericana. Yo acababa de llegar a París. Mi amigo periodista vivía allí desde el año anterior.

El motivo de aquella visita al "Saint Michael" obedecía a la promesa que me hiciera el periodista --a quien todos conocíamos por Lopito-- de presentarme al poeta Rafael Alberti.

El vestíbulo del hotel era un pequeño cuarto atiborrado de muebles viejos, de cerámicas viejas, de cuadros viejos, todos sin arte y pésimamente situados. Esperábamos que Alberti regresara de la calle, cuando salió una francesa seca y un poco más grosera que el resto de los franceses:

--Monsieur Lopé: voulez-vous attendre a monsieur Alberti dans la rue, s'il vous plait?..

Después de echarnos, la francesa se perdió detrás de un mostrador. Comenzaba a nevar. El frío nos penetraba con ordinareiz; se confabulaba con la dueña del hotel.

Al fin apareció Alberti. Había cenado con vino. --Suban, amigos-- dijo. Yo temí que Madame Sauvage, la dueña, reapareciera para impedirnos la subi-

da. Por suerte no lo hizo.

La habitación ocupada por el poeta era bastante agradable en comparación con lo que se veía del hotel. Estaba alfombrada en un rojo subido. La cama descansaba junto a un largo librero que le servía de espaldar. Esa parte estaba repleta de libros y de periódicos atrasados. En un rincón descansaban tres maletas grandes, y un maletín azul con las siglas de una compañía de aviación. "Mañana regreso a Buenos Aires", dijo Alberti.

Al pie de la cocinita eléctrica había varias botellas de vino, vacías. Sobre una mesita vencida por la pátina descansaba una maquinilla portátil, dos vasos usados, una botella pequeña de cognac Napoleón, cuartillas en blanco --muchas cuartillas en blanco-- y una nota sobre el teclado de la maquinilla: "Llamar a Tristán Tzarác", decía.

Cuando volví a ocuparme de Alberti salía empapado del bañito, envuelto en una bata de seda roja.

--Esté hotelito tiene la ventaja de la situación. Además, no hay que pagar por bañarse --eso dijo. Se pasó una toalla por el rostro. La bata estaba adherida a su cuerpo por el agua. Pensé que Alberti apresuró la salida del baño porque no confiaba en nosotros. Le alargué el libro con sus últimos poemas. Yo lo había adquirido la tarde anterior. Era de la Editorial Seguers, rosado y bello.

--¿Cómo se llama usted, criollo?, me preguntó. Después de la dedicatoria, junto a la firma, pintó un gallito con trazo firme.

Cuando nos disponíamos a despedirnos del poeta, sonó el teléfono. Sin saludar al que llamaba, Alberti habló:

--Oye, recuerda que esta noche le tomaremos el champán a Pablo... Sí, las dos botellas enormes que consiguió en el mercado de leal (así pronunció)... Cada botella tiene como un metro de alto.

Alberti estuvo un buen rato callado. Recuerdo cada detalle, porque estaba bajo la emoción de la presencia del personaje.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con un delicioso estruendo. Intercalaba carcajadas en las palabras que le salían con un curioso acento entre andaluz y argentino:

--Sí, su nueva esposa está aquí. Dejó a la otra porque era demasiado mayor para él... ¿La edad de la actual mujer?... ¡Cinco minutos más joven que la anterior!..

Halé a Lopito hacia la puerta. Desde el teléfono, en medio de risas y palabras cortadas, Alberti nos despidió con un gesto. En el pasillo continuaba escuchándose el estruendo verbal del personaje.

Pasamos junto a la escalera. Lopito siguió hasta el final del pasillo. Tocó en la última puerta. Sin esperar respuesta, preguntó en voz alta:

--Rosario, ¿estás ahí?

--Ahora salgo --respondió una voz tranquila.

Al rato, abrió una muchacha. Pequeña, no mayor de treinta años. Su pelo, grueso y recto, caía con severa verticalidad hasta donde se lo había permitido el egoísmo de unas tijeras.

--Un compatriota nuestro, --señaló el periodista en su media presentación.

--Pasen, por favor --dijo ella--. Perdonen la facha de este cuarto --se apresuró a decir.

Pasamos. La habitación era más modesta que

la de Alberti. Fué en ese momento cuando ví la fotografía de José Julio del Peso.

Al ver que yo insistía en mirar la foto, Lopito preguntó a Rosario:

--¿Dónde fué hecha esa foto?

--En La Concha.

La postal amarilleaba. El hombre, estrecho de hombros --bastante más delgado que en la actualidad-- estaba plantado en trusa en medio de la fotografía. Con su brazo derecho envolvía a Rosario --pequeñita, radiante-- también en trusa. Detrás, con la imprecisión de los segundos planos, un columpio y algunas bañistas.

--Eso era cuando aún podíamos salir a la calle --señaló Rosario--. Pero, imagínate, Lopito, hace más de un año que él no puede salir siquiera al cine...

--Vinimos a invitarte a cenar, dijo el periodista improvisando la invitación. Creo que quedó impresionado por la sensación de soledad de la muchacha. Yo también.

--Tendrán que esperar afuera, mientras me cambio, dijo.

Bajamos. Volvimos a la acera por temor a la Sauvage. La nieve había cesado. El cambio de la calefacción a la intemperie, como siempre, agudizaba el frío.

--Esta debe ser la puñalada del frío que mencionaba Martí --observó Lopito.

Por los portales de la puerta del hotel ví acercarse a la mujer que antes nos había botado.

--Monsieur Lopé --dijo--, voulez-vous passer au vestibule? Il fait beaucoup de froid sur la trottoir...

--Merci, Madame Sauvage... --respondió mi amigo y, en español, me dijo: --Ésta más loca que una cabra...

Mientras penetrábamos, la Sauvage insistía en su insospechada cortesía:

--Vous ne me dérangez pas... Jamais!..

Sin volverse a ocupar de la francesa loca, Lopito me preguntó:

--¿No conociste al tipo de la fotografía?

--No.

--Es uno de los comunistas más grandes de Cuba, José Julio del Peso. Es el marido de ella...

--¿De quien?..

--¡De Rosario! No iba a ser de Madame Sauvage.. Ella llegó aquí hace una semana y parece que se aburre. El, dicen que está escondido en Cuba. Otros afirman que subió a la Sierra...

--¿Y qué hace ella aquí?

--No sé. Creo que sigue para Moscú dentro de algunos días. La conocí en una comida en casa de la hermana de Flora, apodada "La Fauna" por Enrique Labrador. El nombre tiene gracia cuando andan juntas las dos hermanas. "Ahí vienen la Flora y la Fauna", dice el sinvergüenza de Enrique...

--No te disperses ahora. Esta muchacha, Rosario, ¿se va a quedar en Moscú? ¿Hay muchos cubanos en Rusia?..

--No sé. No creo. Posiblemente vaya a algún congreso. Si te quedas algún tiempo en París conocerás a infinidad de comunistas cubanos que tú ni sabes que existen y que mantienen una ruta constante Habana-París-Moscú. Y lo que es más

bonito: no gastan un centavo de ellos. Siempre vienen con el cuento del "congreso tal", el "congreso más cual"...

--Pero, ¿no dicen que si se tiene en el pasaporte la visa de algún país comunista no se puede entrar más en los Estados Unidos y que, tan pronto regresan a Cuba los prenden y los fichan?..

--¿Y tú crees que los rusos son tontos?.. A esta gente no le ponen una sola señal en los pasaportes. Yo conozco a un mejicano comunista y maricón --conocido por "Nuestra Natacha"-- que me contó el proceso: primero, viajan a Viena y visitan a un tal "Doctor Haller", ajeno oficialmente a la cancillería soviética, quien estudia la veracidad de la persona y de sus documentos y, entonces, la envía con una contraseña a la embajada rusa. Allí le dan la visa en un documento pequeño, verde, ajeno al pasaporte. Con ese papel se puede entrar en el bloque de países comunistas.

--Pero, la salida de Viena....

--Muy simple. Parece que los comunistas tienen penetrados los cuadros burocráticos austríacos, porque éstos no ponen sello o señal alguna en los pasaportes de la gente que se dirige a los países comunistas y tampoco lo ponen al regreso a Viena, procedentes del bloque soviético. Pero, como sí marcan la entrada y la salida por los países occidentales, la persona que visita Rusia por la vía austríaca puede alegar a las autoridades de su país que estuvo dentro de Austria todo el tiempo que permaneció en las llamadas "democracias populares"...

--Sí, pero los americanos tampoco son bobos...

--Claro. Yo supongo que no se les escapará uno solo de estos viajeros.

Rosario se reunió con nosotros. Vestía pobremente. Su abrigo lucía insuficiente para la frialdad de París.

--¿Quiere mi bufanda?, le dije.

Rosario se la enredó al cuello. Comenzó a tratarme como a un viejo amigo.

--París me alegra solamente, cuando lo comparo con mis compatriotas.

No respondí para no discrepar de Rosario. Lopito nos había tomado la delantera. A veces lo alcanzábamos frente a los cristales de una librería o de un establecimiento cualquiera.

Después volvía a adelantarse una o dos cuadras.

Bajamos el Boulevard Saint Michael. Al llegar a la esquina de Saint Germain des Pres doblamos a la derecha. Cincuenta metros delante de nosotros, el periodista señalaba la acera izquierda con su brazo extendido. Parecía una estatua de Cristóbal Colón: acababa de descubrir el restaurant donde comeríamos:

--¡Ahí enfrente!..

Penetramos al local. Pequeño, blanco. Era un trozo de la España de Manuel Machado: las paredes se cubrían con platos ilustrados con estampas andaluzas, muchos pares de castañuelas colgadas y una larga fila de panderetas destinadas a la agresividad manual de los clientes. Presidía el salón la cabeza negra, casi metálica, de un toro.

Varios individuos vestidos al estilo flamenco abandonaron una mesa y se acercaron a la que ocupábamos. Eran los artistas del restaurant. Tenían el color de los gitanos, pero sus rasgos faciales eran aindiados.

--¿Ustedes son flamencos-yupanquis?.. --bromeó Lopito con ellos. Después les dijo: --Canten esos martinets que tanto me gustan...

Uno de aquellos infelices comenzó a rascar el corazón de una guitarra... A mí me dió por protestar:

--¿Quién ha oído martinets acompañados con guitarra?.. Nadie se imagina a un herrero golpeando con el martillo y, a la vez, rasgando un guitarrón...

Lopito estaba por divertirse.

--¡Pues a traer un martillo para oír esos martinets!..

Uno de los cantaores alegó que no tenían, y que de aparecer, carecían del yunque.

--El yunque es la mesa --dijo el periodista--. ¡Eh, maitre!..

Se nos acercó un español gordo y grasiento.

--Queremos escuchar unos martinets bien cantados y bien acompañados. ¿No tienen ustedes por ahí un martillo?..

Rosario gozaba las payasadas de Lopito. El español grueso se perdió por la parte trasera del establecimiento. Volvió a los pocos minutos con un martillo enorme.

--Con tal que no echen abajo el local...

El cantao comenzó a golpear la mesa nuestra, pero los vasos con el vino recién servido amenazaban derramarse. Entonces, acercó otra mesa y la emprendió a martillazos con ella mientras se revolvía en las lamentaciones del cante. Uno de los otros intentó jalearse al autor haciendo palmas. Este cortó la nota: --Callar, que el martinete puro es como dijo el señó: a martillazo limpio.

El diálogo fué imposible mientras duraron los martinetes acompañados del martilleo. Parecía que no iba a quedar una pared en pie. Eran asombrosos el rigor y la seriedad del cantante en soltar, a la vez, el cante y el martillazo. También la tolerancia del maitre.

--¡Qué pueblo! --dije--. Así resolverán un día su situación: con un martillo, con una guitarra, con lo que hallen a mano...

Lopito me interrumpió:

--¡Pobre clero entonces!... Porque siempre son los curas los que terminan recibiendo los martillazos de la pasión española...

Rosario no entendió a Lopito. Este insistió:

--Sí: España se pasa veinte, treinta años engordando respetuosamente a sus sacerdotes y, un buen día, bajan unos cuantos de las montañas y los acaban en unas pocas semanas...

El cantaor, que se había entusiasmado con el martillo, cuando se le terminó el repertorio de martinetes la emprendió por soleares y, por último, atacó unas siguirillas, también a martillazos. Era el Manolo Caracol del martillo.

--Ya, ya --dijo López, alargándole quinientos francos. El hombre, sudoroso, extenuado, dejó caer el martillo a lo largo de su brazo. Se alejó acompañado de los demás cuando trajeron nuestra cena. Mientras comíamos, pensé en el diálogo que sostuve por el camino con la muchacha. Fué referente a su esposo.

--¡A él le gusta tanto vivir!.. --dijo. Después descubrió un secreto que afectaba la ideología del marido: --El disfruta tanto una buena casa, un buen carro, una buena playa, como cualquier burgués.

Cuando le llevaron su biblioteca, yo creí que iba a enloquecer. A veces quisiera sacarlo de allá y que hiciera como Nicolás o como Lázaro, que esperan pacíficamente aquí o en Méjico a que aquello se arregle...

Eso me había contado Rosario. Terminamos de cenar y de saborear dos o tres clases diferentes de vino que Lopito había hecho servir. Estábamos alegres. Salimos a la calle. Tomamos un taxi hacia el viejo Montmartre.

La Place de Tertre estaba dormida. En el mirador del Sacre Coeur soplabla el viento. Rosario se apretaba contra mí, huyendo del frío. Entramos a "L'Ambassade" --a sugerencia mía-- a tomarnos un cognac. En varias mesas, grupos de mujeres con sombreros enormes, de la moda de principios de siglo, coreaban al chansonnier.

El camarero proporcionó a Rosario uno de aquellos sombrerotes. Era la aportación frívola de la casa. "Al menos, me caliento la cabeza", dijo la muchacha.

Varios negritos apabullaban diferentes instrumentos y de aquella gorpiza salía una especie de swing, un poco anticuado. Bebimos varios cognacs.

--Le temo a la mezcla, decía Rosario. López sentenció:

--Con el frío no te hace nada...

Cuando vine a notar lo, apretaba una mano de Rosario por debajo de la mesa. Los cognacs me golpeaban la sien. La mano de la mujer escapó. "¿Dónde estará mi marido ahora?", dijo ella.

Pagué. Salimos. Comenzamos a bajar para tomar el metro, pero el frío se nos hacía insoportable, especialmente para Rosario que era la peor

abrigada. Llamé un taxi. Lopito quiso sentarse delante, pero el taxista se negó, alegando con toda tranquilidad que había muchos asaltos en aquellos días.

Rosario entró la primera. Yo la seguí. López entró último, cabeceó contra la ventanilla y acabó por dormirse. Hablé a Rosario:

--Descansa...

Ella se aplastó contra mi hombro. Cerró los ojos. Las luces que dejábamos atrás encogían y alargaban la sombra de sus pestañas. Creí notar que Rosario simulaba dormir para obviar la inconveniencia de un diálogo en cuyo favor conspirarían la soledad, la lejanía, el frío y París.

Yo la veía junto a mi cuello. Con inclinarme un poco a mi izquierda mis labios caerían exactamente sobre los suyos. Lo hice suavemente.

Rosario no se movió. Después viró la cara. "Por favor", me dijo en voz baja.

Llegamos a la puerta del hotel. Rosario se despidió, agradecida. "No pierdan la costumbre", señaló. Lopito la interrumpió:

--¿Cuándo te vas?

--No sé. Estoy en espera. Tan pronto me avisen de allá. Ya hace una semana que estoy varada aquí...

El taxista refunfuñaba. Rosario dió media vuelta y ganó el estrecho pasillo. Desde la escalera del fondo se volteó para despedirse sinceramente. Después, mirándome con malicia, movió su mano sin separar los dedos, la palma hacia arriba, como suele hacerse para amenazar a un niño que ha cometido una maldad. Subió corriendo. Se perdió.

Al día siguiente me fui a Versalles con el pin-

tor Jares y su esposa. Regresamos tarde. Por la noche, acompañé a dos muchachos judíos nacidos en Cuba y a un colombiano llamado Felipe Duchamp, al cine de la Cité Universitaire. Ponían seis cortos de Chaplin.

"A Rosario le habría gustado venir", pensé. Me quedé con la idea de invitarla a cenar al día siguiente. Cuando fui al hotelito de la Rue Cujás, Rosario se había marchado esa misma mañana. El español de la carpeta me informó:

--Madame Del Peso dejó dicho que le guardaran la correspondencia, que ella la recogerá dentro de dos o tres semanas.

El colombiano Duchamps, uno de los judíos y yo nos fuimos a Londres.

No volví a ver a Rosario en París.

Aquí, a mi regreso, comencé a ver el rostro del esposo en los periódicos, en las pantallas de los televisores, y a escucharlo justificando cada crimen y cada robo del régimen. Sé que habitan una lujosa residencia intervenida --en el Country Club, el reparto más aristocrático de La Habana--. También se les tiene por el matrimonio mejor vestido del régimen, en contraste con el desaliño habitual de los otros jefes rojos.

He pensado en lo feliz que debe sentirse ahora José Julio del Peso, que tiene todo lo que ambicionaba y aún más. Todas las playas intervenidas, todas las bibliotecas robadas a los intelectuales que se han ido o que han muerto de disgusto o de nostalgia --como Jorge Mañach, como Henríquez

Ureña, como Ichaso, como el mismo Hemingway-- están bajo la responsabilidad de José Julio del Peso --por decreto-- y, además, es amo y señor de toda la tierra intervenida.

No he vuelto a ver a Rosario. Sin embargo, la recuerdo con esa agradable nostalgia que nos dejan determinados momentos. Dentro de unos días --si triunfamos-- la volveré a ver, de seguro, llorando frente a las pantallas televisoras y en las fotos de la prensa.

5

Martes. Restaurant de 12 y 23. 9 de la noche. Sobre la mesa, cinco tazas vacías de café. Manuel, Pedro y yo charlamos sobre el atentado. Señala Manuel:

--Del Peso hace tres visitas diarias a sus oficinas de la Calzada de Rancho Boyeros: la primera es a las siete de la mañana; la segunda es alrededor de las tres y la última suele hacerla después de cenar...

Se acerca a nuestra mesa, a saludarnos, un locutor de la televisión de apellido Cepero. Silencio total. Este tipo, cuando la invasión de Playa Girón, fué uno de los que más insultaron a los invasores. Su grado de oportunismo produce náuseas. Al fin, se aleja. Algún día ahorcaremos a éste con las tripas de su compañero Ramón Veloz. Manuel regresa a sus informes:

--En todas estas entradas y salidas, chequeadas por espacio de un mes, suele haber alteraciones en el horario, menos en la última salida. Nosotros tenemos nada más que un instante para llevar a cabo el plan...

Manuel se calla. Pedro, como siempre, persiste en el silencio. Yo, que conozco a Manuel, tampoco pregunto. "Los datos irán llegando a cuentagotas", pienso.

Pagamos. Son las 9 y media de la noche cuando penetramos en el vehículo de Pedro, estacionado a una cuadra del restaurant. "Déjame conducir", dice Manuel.

Bajamos por la calle 23 y tomamos el camino del Malecón. Frente al Parque Maceo, Manuel nos facilita mayor información:

--Dije que contamos solamente con un minuto preciso --recordó, como si continuara una conversación reciente-- para liquidar a Del Peso. Lógicamente, tendremos que hacerlo en su único horario fijo: cuando abandona sus oficinas por la noche...

Manolo conduce el vehículo a lo largo de la amplia avenida junto al mar. Hace largas pausas. Pasamos el Prado. Continuamos por el Malecón. Manuel informa:

--Cada noche, a las nueve y media en punto, José Julio del Peso abandona el edificio de Rancho Boyeros. Baja por la Avenida de los Presidentes hasta 23. Su cruce por la esquina de las calles L y 23 es casi cronométrico: 1 o 2 minutos después de las nueve y treinta y cinco.

Jamás apresura a su chofer. Es maniático, porque su itinerario no es el mejor. Pasa por San Lázaro y Belascoaín un poco antes --diferencia mínima-- de las nueve y cuarenta y cinco. Siempre sube por San Lázaro; detesta el Malecón. Dobla por Prado a la derecha --lo cronométre yo mismo desde un balcón mientras duró el chequeo-- alrededor de las diez menos 12 minutos.

Mientras habla, Manuel conduce el automóvil por los vericuetos de una callejuela de La Habana Vieja: Chacón. Prosigue el relato de los antecedentes:

--Del Peso dobla en Prado a la izquierda. Cruza por la esquina de Montserrat y Empedrado a las diez menos diez. Y toma Empedrado hasta la calle Habana, donde vive su amante...

Nosotros proseguimos por Chacón hacia arriba. Manuel mira su reloj de pulsera: son las diez menos siete. Dice la hora en voz alta. Termina su relato:

--Ahora nosotros estamos llegando a Chacón y Habana. Si no me equivoco, los dos automóviles (José Julio del Peso y sus escoltas) están al asomarse por esta calle, a nuestra izquierda.

Dobló a la derecha por la calle Habana --de una sola vía, como casi todas las callejuelas de La Habana Vieja--. Estacionó el carro a unos metros de Chacón. Arregló el espejito retrovisor. Por Habana se agrandan los faroles de un vehículo. Miramos el reloj: son las diez menos cinco minutos.

Los faroles se hacen enormes. Pedro y yo --volteados-- los hemos visto acercarse. Dos carros negros pasan por nuestro lado a una velocidad moderada: en el delantero va José Julio del Peso --detrás del chofer-- y en el otro viajan sus cuatro escoltas adicionales. Entran por la puerta de un garage situada a la izquierda, cinco metros delante de nosotros.

Son las diez menos cinco minutos de la noche.

--Esta es la hora precisa --dice Manuel-- y en este pedazo de calle él caminará hacia su muerte...

6

Miércoles. Mediodía. Manuel me llama. "Voy por tí con Alberto", dice. Alberto es uno de los dos jóvenes cristianos que estaban en la reunión. El otro se llama Oscar. Ellos se encargaron de chequear a nuestro tipo, aunque creo que también tomaron parte en esta labor otros que no conozco ni, posiblemente, conoceré y que --con toda seguridad- no tendrán otra responsabilidad en el hecho. Así es de complicado cada acto de Manuel.

Estoy en la puerta de la casa. El perfume de las flores se siente aquí con mayor intensidad. En la esquina, el limpiabotas insiste con su paño sobre la lustrosa pala de unos mocasines. Voy hasta él. "Apúrate", le digo. El oficioso pasa por mis zapatos un cepillo humedecido con agua ne-gruzca. Siento el frío que perfora la piel. Después, el ritmo del paño sobre mis zapatos me trasmite calor, hasta que el limpiabotas consigue arrancar un sonido cuarteado, metálico --casi un croar-- sobre el betún. Siento estrujarse el zapato con la presión de la badana.

Pago. Voy a comprar un diario cuando Manuel llega. Va delante con Alberto, que conduce. Me acomodo detrás.

--Toma la Vía Blanca --ordena Manuel. Mientras avanzamos, Manuel sugiere a Alberto:

--Cuéntale a Andrés lo de Santa Clara...

Alberto es largo y estrecho. Su pelo está demasiado crecido. Conduciendo, se desgarba sobre el timón. A veces, lleva su mano hasta la oreja para subir la pelambreira vencida. Habla despacio y, cuando dice algo importante, lo anuncia con una sonrisa.

--Cuando la lucha contra Batista --comienza--, yo trabajé también en la clandestinidad. Pero aquella vez fué en Santa Clara. En los primeros días de enero de 1959, en plena borrachera del triunfo, utilizaron mi condición de abogado en varios asuntos jurídicos. Esto me obligó a presenciar algunos juicios; aunque, claro, no trabajé en ninguno.

Alberto calla. Pasa las manos como ya dije. Vamos bajo el túnel de la bahía. Prosigue:

--Casi todos aquellos tribunales revolucionarios los dirigió un tal Testa, que era de la gente del Ché. El tipo solía subir las botas sobre el escritorio, echar atrás la silla giratoria y decirle a sus víctimas: "Tiene la palabra el acusado; pero no debe perder mucho tiempo, porque aquí no hay na'pa'nadie"... Nunca supe con exactitud que quería decir, aunque lo imagino. Un día (parece que le tenía deseos al infeliz que iba a juzgar), al ver que el acusado hablaba con un abogadito joven y serio cargado de libros, le gritó: "¿Conque trajiste abogado defensor? Pues escucha: a tí y a él, a los dos. ¡juiiiiichhhhh!"; hizo un gesto como de pasar un cuchillo por su garganta. El abogadito recogió sus libros como pudo y se perdió por el pasillo hecho un bólido. El acusado fué condenado al paredón y, en verdad, ninguna falta le hizo el defen-

sor, porque ya Testa había decidido "arrancársela" desde antes de celebrarle el juicio.

--¡Cuántas canalladas consentimos!, digo. Alberto prosigue:

--Recuerdo otro juicio del tal Testa. Fué contra un policía que llevaba treinta años de servicio y jamás había hecho posta en la calle. Su labor era en las oficinas de la estación policíaca. Sin embargo, a este hombre lo acusaba un estudiante porque, estando preso, le rogó que le trajera un sandwich y le dió un peso, y --según el acusador-- el policía se lo había cogido. Cuando Testa conminó al acusado a defenderse, éste dijo: "Puede ser verdad. Yo tengo idea de que un día, hará como dos años, un preso me dió algo para que yo le hiciera un mandado a la calle. Quizá se me olvidó o quizás se lo envié con otro a su celda, no estoy seguro. Lo que sí es cierto es que yo no robé ese peso. Ustedes habrán leído mi hoja de servicio"... Testa no lo dejó terminar: ¡lo condenó a 45 años de trabajos forzados! Alegó que 30 eran por complicidad con la Tiranía y 15 por el hurto.

--Con toda seguridad, ese infeliz está en la cárcel todavía.

--Verás. Lo trasladaron a Isla de Pinos y lo pusieron a palear arena. Cogió una infección en los ojos y se ha quedado ciego. Ahora no lo sacan a las canteras, pero lo tienen secando cucharas todo el día. El hijo, que vive en Santa Clara, me lo contó.

--¿Y qué se ha hecho de Testa?

--Dicen que ahora está enchuchado en el Gobierno Provincial. Pero escucha, que este tipo tiene para escribir un libro: Una noche, Testa juzgó a un tronco de guajiro, quien fué soldado, por dos cau-

sas diferentes. En el primer juicio, lo condenó a treinta años por la acusación que le hiciera un bodeguero. Este aseguró que el guajiro le dijo que si veía por allí a algún sospechoso, se lo avisara en seguida o "la pagaría cara". Testa dictó la sentencia -30 años- y ordenó al guajiro que volviera a la silla. Después de mandar al paredón a dos tenientes, abrió otra causa contra el mismo guajiro (todo eso en menos de una hora). El segundo juicio fué por haber sido trasladado varias veces del cuartel a la Sierra del Escambray. Pero no había ninguna acusación directa contra el ex-soldado.

--¿Por qué lo mandaron dos veces al Escambray a perseguir rebeldes?, le preguntó Testa. El guajiro respondió:

"--Pregúnteme, por qué me devolvían al cuartel cada vez que me mandaban al Escambray. Si yo hubiera hecho algo duro contra los rebeldes, no me hubiesen devuelto...

"Pero Testa no entendía de argumentos: puso de pie al acusado y lo condenó a treinta años más de trabajos forzados. El guajiro se quedó en silencio frente a Testa y a los demás miembros del tribunal. Movi6 los dedos, como si contara mentalmente. Entonces, asombrosamente, comenzó a reír como un demente. Dijo: "¿Así que yo saldré en libertad en el año 2,019?.. Pero... ¡qué jodedores son ustedes!"-...

"Cuando se lo llevaron, sus ojos lloraban de la risa y sus carcajadas se escuchaban en todo el local".

--Y tuvo suerte --dice Manuel-- porque hay muchos que, por menos que eso, fueron al paredón.

Entonces yo recordé algo que me había dicho el comandante René Rodríguez. Este Rodríguez fué el único oficial que se prestó en todo el país a dirigir ejecuciones y dar tiros de gracia frente a los camarógrafos y fotógrafos americanos. Hay películas en las que aparece volando los sesos a Cornelio Rojas y a otros. Los autores de estas películas y fotos obtuvieron premios internacionales. Rodríguez, cada vez que recibía un recorte con las pruebas gráficas de sus crímenes, lo pegaba en un scrap book. Comencé a hacerles el cuento:

--Este relato me lo hizo el propio René Rodríguez. En Cienfuegos, cuando aquello de las 40 ejecuciones diarias, René Rodríguez presidió un juicio contra un soldado llamado Tomás Brito, que aparecía como chofer del coronel Olayón durante los años 1955 y 1956. El acusado negó los cargos --"nunca manejé los carros del coronel", dijo-- pero aceptó que sabía conducir. Por último, en medio de un ataque de nervios, realmente desagradable para Rodríguez, aseguró que él no se llamaba Tomás Brito. "Me han confundido", dijo.

"René Rodríguez lo condenó al paredón y, como siempre, él mismo dirigió al pelotón de fusilamiento. Era su placer.

"En mayo de 1960, cuando René Rodríguez dirigía el presidio de Isla de Pinos, fué llamado con urgencia a Cienfuegos para aclarar un asunto. Cuando llegó allí, se encontró con un hombre robusto y quemado por el sol.

"--Comandante, le dijo, yo soy nacido y criado aquí. Pertencí al ejército durante un año y medio, pero cuando ví que ustedes anunciaban desde Méjico que vendrían a ser héroes o mártires, me imaginé que esto iba a terminar mal y me enrolé en un

barco mercante noruego. Le mandé 20 pesos mensuales a la Delegación del 26 de Julio en Nueva York (aquí tiene usted los bonos como comprobante). Ahora regreso a mi pueblo, y mi familia me ha convencido de que viniera a presentarme y aclarar mi situación, porque ellos escucharon rumores algo confusos en relación con mi nombre y estaba en el ejército. Yo manejé el carro del coronel Olayón desde marzo del 55 hasta mayo del 56. Como usted sabe, cuando aquello no había comenzado la guerra y no se detenía a ningún enemigo del gobierno.

--¿Cuál es su nombre?, preguntó René Rodríguez al marino.

--Tomás Brito; a sus órdenes.

Alberto me interrumpe.

--Entonces, ¿a quién había fusilado anteriormente?

--Eso mismo pregunté yo a René Rodríguez y, ¿saben ustedes lo que respondió?. Me dijo:

--¡Esa es la pregunta de los 64 mil pesos! ¡Todavía no sé a quien fusilé en lugar de este Tomás Brito! Ni en los archivos del ejército ni en las largas listas de acusaciones ni en ninguna dependencia municipal apareció un indicio que aclarara a quien yo había llevado al paredón”.

--¡Qué bárbaro --grita Manuel--; ese René Rodríguez es un pichón de mongol!

7

El sol tira una plancha de brillo sobre el asfalto. A distancia, la carretera parece estar mojada. Es un espejismo que avanza a la misma velocidad del vehículo. A la izquierda y al frente, la franja azul de las playas se muestra como un abanico. A la derecha, al pie de una lomita, los enormes, curvados radares de la antigua CMQ miran tristemente hacia un cielo que ya no le envía los grandes programas de la televisión americana en el momento de producirse. Ahora, por el contrario, estos radares son utilizados para llevar el insulto constante a las pantallas de Key West.

Una pequeña carretera se ofrece al vehículo después que Alberto dobla a la derecha, abandonando la Vía Blanca. Al final de una serie de curvas y desvíos, penetramos en una finca.

Junto al portón espera un negro de machete al cinto, quien abre la puerta. Penetramos. A la derecha, un castillo en miniatura con una cruz al centro. Debe ser del tamaño de una persona. Mientras nos acercamos, diviso la puerta de vidrio, cerrada, que protege la imagen de Santa Bárbara, la virgen de los grandes milagros.

A la izquierda aparece una rústica residencia. Techo de guano. Paredes de tronco y amplios ven-

tañales de cristal. Detrás de la casa un garage.

--Aquí --dice Manuel.

Bajamos. Penetramos al garage por la pequeña puerta abierta en una pared lateral. Oscuridad. Humedad. Olor a grasa. Palpamos las paredes. Insistimos en el ámbito de la puerta. El botón de la luz no aparece. Tropiezo con la careta de un vehículo. Sigo con el tacto las curvas de la carrocería en busca de la portezuela para iluminar con los focos.

El moreno que nos abrió la puerta de la finca ha regresado. Camina con firmeza. Lo siento. El garage se ilumina. El contacto del bombillo es un cordel que pende del techo de la nave.

El garage es largo. Delante hay estacionado un Skoda convertible blanco. Es un modelo viejo llegado recientemente a Cuba. Con seguridad, forma parte del cambio por azúcar y tabaco que el gobierno ha hecho con Checoslovaquia. El Skoda tiene las vestiduras rojas y cuarteadas. En Miami no costaría más de 400 pesos. Manuel, sin entrar al carro, le abre el guarda-guantes. Pregunta al guardián:

--¿Ya hicieron la instalación?

--Sí.

En el interior de la gaveta hay instalado un equipo de radio, transmisor y receptor. Manuel entra al carro. Enciende su pizarra. Sube un botón que ilumina un ojo rojo en el radio receptor. Saca de un costado un micrófono muy parecido a un auricular de teléfono. Hace girar varios botones y habla frente al micrófono:

--Aquí, probando...

Mira hacia atrás. Suelta el micrófono en el asiento. Se baja del carro. Camina al fondo del

garage. Sube a un alto camión GM que tiene letreos a sus costados, que aún no he leído. Por la radio del convertible, entonces, se escucha la voz grave, gutural, de Manuel.

--Este aparato y estos dos vehículos serán los que utilizaremos... ¿Me oyen?...

Me animo. Siempre he sido un entusiasta de las comunicaciones eléctricas. Levanto el micrófono del carro:

--¿Funcionará bien el día de la "verbena"?

Mi voz ha salido como un estruendo. La escucho por el receptor del camión desde el carro. Todos sonreímos. Alberto lee en voz alta las inscripciones del camión: "Panadería La Pureza, Aguiar entre Chacón y Cuarteles".

--Ahora resulta --hablo-- que además de la "Farmacia Milagros" de Yeyo tenemos la "Panadería La Pureza" de Manuel.

--Es verdad --sonríe éste--. No he hecho otra cosa que copiar a Yeyo. Vamos a probar los motores...

--Los que instalaron esos avichuchos --dice el negro-- dijeron que todo estaba bien.

--De todos modos....

Manuel se dirige a Alberto:

--Conduce el convertible por la carreterita de la finca, sin salir afuera, para que lo pruebes.

Dirigiéndose a mí:

--Tú, Andrés, haz lo mismo con el camión. Es más pesado, pero irás más seguro.

Subo al elevado asiento del camión. Detrás de la pizarra --escondido-- está el equipo de transmisión. Sigo a Alberto por la carreterita. No llego

hasta la puerta. El camión luce en buen estado. Doy marcha atrás, un corte, y enfilo nuevamente hacia el garage. Alberto, mientras tanto, ha ido hasta el castillito de Santa Bárbara. No debe extrañarme. Por mi micrófono, hablo con Alberto:

--Cuidado con el césped, que Santa Bárbara no lo sembró...

--¡Salvaje! --me grita por su aparato. Sonreimos. Vuelve a hablarme: --Te pareces al anunciador del stadium...

Volvemos a reunirnos dentro del garage. Miro el reloj: son las cuatro y media de la tarde. Hablo:

--Si no hay más nada por hoy, prefiero regresar. Tengo que recoger a Inés...

Manolo me interrumpe:

--Olvídate de eso: de aquí saldremos al atentado, a Miami o a la muerte.

La puerta metálica del garage desciende. Nos dirigimos a la casa de familia. Estoy disgustado ahora. Inés se preocupará si no sabe de mí. Hay cosas de Manuel que no siempre comprendo. He notado que comienza a molestarme su exactitud.

--¿Supongo que se podrá hacer una llamada?

--Tampoco.

--Manuel suelta algo inesperado:

--Inés no te espera. Yo le mandé decir a su trabajo que tú y yo nos iríamos de pesquería hasta el viernes...

--Seguro que te ha creído...

8

El negro guardián, que se llama Felo, nos ha cocinado un picadillo tremendo. También nos obsequia con cerveza. Hasta Manuel se anima a tomarse dos. Alberto --que se alegra un poco-- propone un certamen:

--El que adivine de donde sacó Felo la carne y las cervezas recibirá la "Orden de Playa Girón".

--Lo igualas a Gagarin.

--Felo nos ha puesto "en órbita" con los laguers. Se la merece...

--Este picadillo --dice Manuel-- fué hecho con carne de una res matada de contrabando.

--No --interrumpo--; es picadillo de miliciano. Felo no me engaña. ¿Qué opinas tú, Alberto?

--Está tan jugoso este picadillo, que debió hacerlo con carne de una alfabetizadora rusa.

Felo se descubre:

--El que más se acercó fué Manuel. Acertó en decir que es carne contrabandeada; pero falló en el animal...

Dramático, grave, anunció:

--Era jutía...

Alberto se aguanta la cabeza.

--Y pensar que yo no comía, siquiera, carne de chivo...

Manuel no cesa de contemplar el reloj. La tarde discurre entre las bromas y la alegría provocadas por la cerveza. Manuel pone fin a la sobremesa.

--Vamos al garage.

Alberto y yo lo seguimos. Felo hace el ademán, pero Manuel le sugiere:

--Felo, quédate haciéndonos café.

Son las nueve y veinte cuando penetramos nuevamente en el garage. Lo iluminamos. Manuel nos ordena --"para que los dominen bien"-- que manipulemos los equipos radio-receptores.

--Ocupen sus asientos, dice.

El jefe viene a sentarse junto a mí en el camión. Un enorme reloj instalado en la pizarra del GM marca las nueve y veintiseis. Las veintisiete. Las veintiocho. Desde mi altura, veo a Alberto en el timón del Skoda. Las nueve y veintinueve. Las y media. Las nueve y treintiuno. El silencio es roto por una voz salida por el equipo:

--Aquí Farmacia Milagros. El hombre acaba de salir. Como siempre, es seguido por el carro-patrulla. ¿Me oyen?

--Contéstale --me dice Manuel.

--Sí, Yayo: te escucho. ¿Viste como ibavestido? --pregunto por decir algo.

--De oscuro. No pude distinguir más. Acaba de pasar por mi lado. Temo que vieran el cordón, aunque lo he disimulado bastante por dentro de la camisa y por debajo del sillín...

Manuel me cuenta:

--Yeyo ha puesto su equipo en el maletín trasero

de la bicicleta. Hasta dentro de un rato no tendremos otra información. Mantengámonos aquí. Dios quiera que esto funcione.

Seguimos pendiente de cada leve movimiento del reloj. A las nueve y 43, Manuel habla a Alberto por el aparato:

--Ahora debe estar pasando por San Lázaro y Belascoaín. Este cruce lo tienes que reportar tú, Alberto. Después tomarás el Malecón a mayor velocidad y detendrás el carro en la esquina siguiente donde estacioné anoche. ¿De acuerdo?

Alberto responde por el aparato:

--De acuerdo.

Permanecemos en los asientos. Felo penetra con los cafés. Saboreo el mío. Saco el último tabaco "Bauzá" que me queda en el bolsillo. "Si yo llego a imaginarme esto --pienso-- hubiera traído una caja por lo menos". Manuel señala el reloj:

--Las nueve y cuarenta y seis... Las nueve y cuarenta y siete.

Por el radio escuchamos la voz de Oscar, el otro cristiano que conocí en la reunión.

--Helló, helló... Aquí Oscar: acaba de doblar el Prado a la derecha... ¿Me escuchan?

--Sí. --respondo--. Perfecto... Okey...

La voz de Alberto también responde a Oscar a través del aparato. Manuel tiene el rostro iluminado:

--Todo va bien. Ojalá que mañana salga igual.

Yo permanezco pendiente del reloj. Mentalmente, voy contando los minutos. "Diez menos 12. Diez menos 11. Diez menos 10. Ahora. Nada. Diez menos nueve. De un momento a...

--Aquí Pedro. Monserrat y Empedrado. Diez menos ocho minutos. Velocidad moderada. Adios.

Pedro no escuchó nuestra respuesta. Como siempre, se limitó a su trabajo. Manuel apaga el equipo del camión. Bajamos. Alberto nos imita. Apagamos la luz del garage. Salimos. El jefe vuelve a mirar su cronómetro de pulsera:

--Diez menos seis: A esta hora está entrando en el garage. Allí le tendremos la sorpresa...

Cuando regresamos, Felo tiene preparadas las camas. Manuel y él --esto debió pensarlo Manuel; como todo lo demás-- dormirán juntos. Alberto y yo lo haremos en el otro cuarto.

Mi pequeña cama está junto a una ventana por la que entra un aire delicioso. Extraño el olor de las florerías de los bajos de casa de Inés. Pero el olor a campo de aquí me resulta agradable también. Alberto, a mi derecha, en camiseta, sentado al borde de su cama, pasa sus manos por los antebrazos, como dándose masajes.

--¿Tu familia no se asusta con tu ausencia?

--No --me dice--. No tengo familia. Nosotros éramos tres: mi madre, mi hermano y yo. Mi hermano se fué a Miami y se llevó a mamá. Después él vino con la Brigada de Playa Girón y murió. Mamá no le sobrevivió dos meses en Miami. Yo le hablaba diariamente por teléfono, trataba de contentarla y hasta le aseguré que yo iría a reunirme con ella enseguida, pero en lo que preparaba mi salida, la pobre viejita se murió de un infarto.

--¿Entonces te metiste en esta lucha?

--No. Yo estaba en ella desde antes de que se marcharan mamá y mi hermano. Sus muertes no hicieron más que darme nuevas energías. En verdad,

necesitaba ya de un estímulo tan incalculable como son dos muertes para continuar una lucha en la que tengo pocas esperanzas...

--Pero nadie duda que los cuadros del gobierno están divididos. Hay miseria. Cada uno hala para su lado...

--Nada de eso influirá decisivamente. La misma lucha ideológica de que tanto se habla, tiene aquí reducidas repercusiones. Todo esto que preparamos es en vano. Y si matamos a Del Peso, también será en vano. Y si liquidáramos a diez pejes gordos más, también tendría poca importancia.

--Yo no comparto tu derrotismo.

--No es derrotismo; es lógica. Aquí hay que preparar un solo, definitivo atentado: el del Comandante. El es quien justifica cada medida de comunización. El es el factor aglutinante de todos esos atorrantes. Cuando tenga media docena de plomos en el cuerpo, adiós "revolución socialista". Y, para esa fecha, olvidémonos de ser nosotros los que tomaremos el poder. Yo no dudo que el sustituto de este comandante esté todavía a su lado (todo es posible) vistiendo el uniforme del Ejército Rebelde o de las Milicias.

Me tiro hacia atrás. Las palabras de Alberto, los hechos de la tarde, me dan vueltas. No sé si saldré vivo --cosa que me interesa menos que las horas que ha comenzado a sufrir Inés-- ni tengo idea de lo que haré exactamente mañana ni hacia donde iremos. Pienso en voz alta:

--Este hombre debiera confiar un poco más en nosotros y no creerse infalible. En vez de ser células de un movimiento revolucionario, somos súbditos del último capitán general...

Alberto me comprende. Sonríe mientras esgrime un pequeño libro de oraciones.

--Ese es también mi estado de ánimo. En el fondo, tenemos miedo. Exigir más datos sobre nuestra posible muerte es un dictado del miedo. Sí, somos miedosos...

No respondo. "Será miedo", pienso. Llego a la conclusión de que no temo quedar tendido mañana frente al automóvil de José Julio del Peso. Mis temores son por mi mujer. Me inquieta su inquietud. Así debe pasar a los otros. "Hasta mañana", digo.

--Hasta mañana, responde Alberto.

9

Jueves. Siete y media de la mañana. Desayuno clásico: café con leche, pan y nata de la leche en lugar de mantequilla. Este Felo tiene de todo. "La libreta de racionamiento de Felo está premiada", bromea Alberto. Varias moscas juguetean sobre los restos de nuestro desayuno. Los tres hablamos poco en la mesa. Sucede cada vez que preparamos algo. De salir bien, sin embargo, hablaremos hasta por los codos. Excluyo, claro, a Pedro.

Manuel nos lleva al altar de Santa Bárbara. Abre con una llave la puerta de cristal. Saca de detrás del paño de seda blanco que cubre la base de la imagen, una caja grande de madera.

--"Los hierros", dice.

Felo y yo la cargamos hasta la casa. Manuel mismo la abre con una ganzúa. En su interior, hay varias pistolas, dos ametralladoras de mano Thompson, americanas, y una bomba marca "Du Pont Nitramon's Primer" con sus mechas, largas y blancas. La bomba es una lata alargada con la etiqueta a rayas. En el centro, en letras blancas, dice la marca. Debajo especifica "High Explosive". Manuel la señala:

--Con dos de esas bastaron. Sobró ésta.

Entonces me acuerdo del material que tengo escondido en casa. Cuando todo haya pasado, si logro escapar, irán a casa. Si muero, también irán. Inés saldrá presa. Aquel material empeorará su situación. Manuel comprende mi cambio. Le cuento. Me responde:

--Dame la llave de tu casa. Mañana, yo --que me iré primero que ustedes-- sacaré ese material. Debiste decírmelo antes...

Sonríó con ironía: Manuel exigiendo aclaraciones anteriores, cuando nadie sabe nada cuando se trabaja con él. Estoy seguro que Pedro y Oscar no saben desde que lugar nosotros hablamos con ellos anoche por el radio. "Esos estarán peor", pienso. Alberto pregunta:

--¿Y cómo haremos la cosa?

Manuel responde:

--Bastante se habían demorado en preguntar. Bien: tú, Alberto, después que chequees el cruce por la esquina de San Lázaro y Belascoaín, correrás por el Malecón hasta Chacón y de allí, hasta la esquina de la Calle Habana. Estacionarás en la calle Cuarteles, a media cuadra del lugar. Tendrás el motor en marcha. No tendrás otra cosa que hacer que esperar por Andrés y por mí...

Manuel se vuelve hacia mí:

--¿Tú también quieres saber tu parte?... Bien... Tú conducirás el camión. Deberás estar en la calle, porque tendré que hacer un trabajo dentro del garage donde estaciona Del Peso y hay que hacerlo unos minutos escasos antes de su llegada porque --de otra manera-- corro el riesgo de que se descubra el plan...

--Bien, escucho el itinerario del hombre y...

--Sí, pero irás desde el otro lado del Malecón. Subirás por alguna calle de la Habana Vieja. Cuando oigas que nuestro hombre ha cruzado por San Lázaro y Belascoaín, ya tendrás que estar llegando al garage. Allí estaré yo. Si todo sale bien, habré resuelto la situación interna del garage. Parquearás a la izquierda. Cuando veas las luces del carro de Del Peso, parará el camión en el centro de la calle y le dejarás las luces traseras encendidas, porque es normal que los panaderos interrumpan el tránsito para dejar el pan en alguna casa.

Manuel hace una pausa. El ritmo de su voz comienza a hacerse más lento, como si temiera que yo no captara alguna de sus ideas.

--Como dije, te detendrás a la izquierda. Verás venir los carros de Del Peso y sacarás el camión al centro de la calle. Avisarás por el radio a Alberto --estacionado al doblar-- para que se mantenga vigilante y con el motor encendido. El camión tiene que quedar exactamente interrumpiendo la entrada del garage...

--Pero, el atentado...

Manuel señala la cápsula high explosive:

--Dos de éstas están instaladas debajo de la alcantarilla sobre la que quedará el carro de Del Peso cuando tú interrumpas su paso. Procura salir rápidamente del camión, porque allí no quedará nada de los tres vehículos: --tu camión y sus dos carros.

--¿Y tú?

--Yo estaré dentro del garage. Te veré tirarte por la portezuela corriendo y, entonces, apretaré el transmisor de micro-ondas que pondrá alitas al personaje...

--Y si falla...

--Tú y yo llevaremos las dos ametralladoras y procuraremos abrirnos paso, escapar o hacer lo que sea, a tiro limpio.

--Y si esperamos al tipo dentro del garage...

--¡Tremenda gracia! Como si él llegara solo...

--Pero, alguien tiene que estar cuidando ese garage...

--Ese es mi asunto --dice Manuel. Termina:

--Si alguno tiene algún tipo de preocupación, que me lo diga con tiempo...

10

Siete de la noche. Tomo la Vía Blanca, conduciendo el camión. Manuel se ha ido desde las tres y se llevó la llave de casa para sacar el material que yo tenía allí, para cuando registren mi casa. Me explicó que este camión tiene una plancha de plomo entre el asiento y la parte trasera, para evitar que la metralla llegue hasta mí o hasta la puerta del garage por donde él saldrá libremente. También me ha dicho que procurará ver a Inés para tranquilizarla.

Yo le agradecí sus preocupaciones, pero reconozco que me molesta su eficacia. Ahora sólo deseo que llegue la hora de la acción. Debajo del asiento, he puesto la Thompson y más de cien balas. He conectado el radio desde que salí de la finca, por si alguno tuviera algo que decirme desde su punto estratégico. Inconscientemente, pienso en Rosario.

"Ella sabrá ahora que su marido tiene una querida", pienso. Después pienso que se enterará demasiado tarde y me disgusta por lo que haremos. "Debimos escoger a otro. No por él, sino por su mujer". Entonces me viene a la mente, de nuevo, el viejo Montmartre y los sombreros de "L'Ambassade" y la mano arisca de la muchacha y el beso

robado en el automóvil y su gesto amenazante y pícaro de la puerta del hotel. "Dentro de un rato, Inés o ella --una de las dos-- llorará a su marido. Acaso, las dos".

Estoy frente a la Plaza de la Catedral a las nueve y veinticinco. Es un lugar de parqueo y no extraña la presencia de mi camión. El reloj vuelve a robar mi atención: "Las nueve y veintisiete. Las nueve y veintiocho. Las..."

--Aquí, Farmacia Milagros. Rancho Boyeros. salida exacta del hombre. Como siempre. ¿Okey?

--Okey, respondo.

Pienso en dar una vuelta por esas callejuelas. "Mejor espero aquí", calculo. "Nueve y treinta y nueve. Inés debe estar frente al televisor, sin moverse. Ella no sabe nada, pero algo debió sacarle a Manuel. Ojalá estuviéramos ahora acostados con la ventana abierta y con el olor de las flores del cementerio. A esta hora ya se le debe haber acabado la mercancía al tamalero elegante de 12 y 23. Nueve y cuarenta. ¡Qué tipo! Siempre con su cuello y su corbata y su traje de dril y vendiendo tamales. Suelta un "¡píca!" en el que se ve que le abochorna su profesión. Y con lo bien que la ha vestido. Nueve y cuarentiuno. Recuerdo un día en que Miguelito Constante quiso burlarse de él y el tamalero le preguntó si le cargaba en su cuenta el tamal que acababa de darle. "Prefiero venderlos a deberlos", le dijo a Miguel. Ese es otro personaje que me cae bien: Miguelito. Dicen que trabaja en New York con un dentista. Nueve y cuarentidos. Creo que es la primera vez que trabaja. Nueve y..."

--Aquí, Alberto. Acaban de tomar San Lázaro.

Yo cogere el Malecón. Van los dos carros. ¿Okey?

--Okey.

--Okey...

El último okey no sé quien lo dió. Debió ser el loco de Yeyo que no quiere perderse la función. "¿Por donde iba? ¡Ah! Por Constante Milanés. Recuerdo que era el único que se sentaba en la mesa de Ernesto de la Fe, cuando éste estaba amenazado. Ahora Ernesto cumple quince años en la prisión de Isla de Pinos, y dicen que pesa cien libras. Nueve y cuarenticuatro. Ernesto sí que es tipo bravo. Debe sufrir la cárcel más que todos los demás presos juntos, porque cuando sintió que La Habana se le hacía pequeña, aprendió la pesca submarina y pasaba días enteros rastreando el fondo del Caribe. Nueve y cuarenticinco. Cuando retó a no recuerdo quien, me acuerdo que llegaba al aire libre de 12 y 23, ponía la pistola con dos peines debajo de un periódico "Prensa Libre" y se sentaba tranquilamente a comer un plato de lascas de pavo. Nueve y cuarentiseis. Me estoy poniendo nervioso. Voy a arrancar el motor. Bajaré por San Ignacio hasta Chacón. Nueve..."

--Aquí, Oscar. Diez menos 13. Prado a la derecha. Los dos carros. ¿Okey?

--Okey.

--Okey.

--Okey.

Ahora son tres. La última voz fué la de Alberto. La segunda debió ser nuevamente la de Yeyo, pero no se me parece mucho. "Faltan de tres a cuatro minutos. Debo concentrarme. Ahora solamente tengo que seguir por aquí, por Chacón, hasta la Calle

Habana. Ya estoy llegando. Doblo a la derecha. Son las diez menos diez. Estaciono aquí..."

--Aquí, Pedro. Monserrat y Empedrado. Diez menos diez. ¡Good Lucky!...

Estoy preparado para atravesar el camión. Desde el interior del garage se escuchan dos disparos. Corro al interior. Manuel, herido en el pecho, trata de llegar hasta el transmisor de micro-onda que hará explotar la dinamita. Le ayudo. El sereno, sobre un charco de sangre, agoniza con su revólver en la mano.

--¿Qué hago, Manuel?..

--Sal afuera y atraviesa el carro y déjame aquí, junto al transmisor de micro-onda. ¡Corre!..

Diez menos siete. Miro y no veo aún los carros de José Julio del Peso. Actúo rápidamente. Detengo el carro en el centro de la Calle Habana. Detrás, a tres metros, veo la alcantarilla que hará volar el automóvil del tipo. Diez menos seis. El carro está en el medio de la calle. ¡Ya diviso las luces del carro de Del Peso y del otro! Aún no salgo del asiento, porque Manuel apretará el conmutador sólo cuando sienta el portazo del camión. ¡Un automóvil ha doblado desde Chacón! se detiene exactamente donde debía pararse el carro de Del Peso. Toca el claxon con insistencia. Veo a dos sacerdotes en su interior. La comitiva de Del Peso también toca desde más atrás. Debo avisarle a Manuel para que no mate a los curas. ¡No! Debo correr. Tiro la portezuela. Manuel no deberá apretar el conmutador. No me queda más remedio...

11

La explosión me atontó. Permanezco sobre el pavimento. Toso. Siento como si mi brazo derecho quisiera desprenderse de raíz. Trato de levantarme. Por la puerta del garage, en medio de las ruinas, veo salir a Manuel. Casi a rastras. Trae la Thompson en la mano. Logro levantarme.

Entonces es cuando echo una ojeada a mi espalda. El camión donde yo iba tiene volada más de la mitad trasera. El carro que dobló por Chacón con los dos curas es un amasijo humeante de hierros y motor. Sus llamas casi me ahogan. El olor a carne quemada llega hasta mí. Detrás, el carro de Del Peso ha quedado poco menos que el delantero. El de los escoltas --que quedó del otro lado de la calle Chacón, por Habana, se ha salvado. Descienden dos escoltas. Quizá los otros estén heridos, han huído o temen bajarse. Vienen armados hacia Manuel y hacia mí. Ambos tratamos de ayudarnos. Veo el Skoda que conduce Alberto dando marcha atrás, acercarse a la parte delantera de lo que era mi camión. Uno de los escoltas de Del Peso trata de protegerse detrás de los amasijos de llamas y de humo mientras nos dispara. Manuel cae. Recojo su arma. Me viro. Aprieto el gatillo sobre el bulto. Apenas tengo fuerzas, pero mantengo el dedo presionando debajo del arma. Alcanzo

al comunista.

--¡Corre!-- me grita Alberto.

Trato de levantar a Manuel. Está muerto. Destrozado.

--¡Corre! --insiste Alberto. Por la calle, protegiéndose, viene otro de los escoltas. Corro hasta el convertible. Siento el tableteo de una checa detrás de mí. Penetro en el carro. Alberto mete el pie en el acelerador hasta el fondo. La checa continúa traqueteando a nuestras espaldas. Tomamos por Cuarteles a la derecha. El brazo quiere caérseme. Tengo la camisa ensangrentada. Alberto dobla por Aguiar a la izquierda.

--Manuel nos preparó la fuga --dice. Todo depende de que lleguemos hasta el otro carro...

Trato de hacer contacto por el equipo con Yeyo o con cualquiera otro. El aparato está roto. La explosión debió inutilizarlo.

El otro carro está parado frente al Floridita, del Malecón. Sentimos las sirenas de algunas perseguidoras. Miro. No es con nosotros. Quizá se dirijan hasta la explosión. Ahora escuchamos carros de bomberos. Alberto estaciona en la zona de parqueo del restaurant. Casi arrastrándome, me traslada hasta un Buick verde, año 58, estacionado allí. Tiene la llave puesta. Noto que la vestidura del carro está fría. Debe ser mi sangre en la camisa. Tomamos el camino viejo de la Vía Blanca.

--Pon el radio...

Trato de ponerlo. La pizarra del carro, los botones, el rostro de Alberto, todo da vueltas...

He recobrado el conocimiento hoy. Estoy en el

catre donde durmiera la última vez. A mi lado, Felo sostiene una jarra con agua.

--¿Y los otros?

Felo está bañado en lágrimas. Las manos le tiemblan.

--A Manuel, tú sabes lo que le pasó. Los demás deben estar escondidos.

--¿Y Alberto?

--Fué quien te trajo. También avisó a tu mujer..

Por la puerta entra Inés con una jeringuilla. Está demacrada. Me besa. Pasa sus manos por cada poro de mi rostro. Tengo el brazo derecho vendado con gasa manchada de sangre y de un líquido amarillo, a la altura del hombro.

--Ahora, descansa...

--Pero los otros...

--Alberto ha salido. Yo le aconsejé que no volviera a hacerlo, pero él dice que el carro en que anda está libre de sospechas. Ha ido a preparar nuestra fuga hacia Miami. Saldremos esta noche...

Siento el pinchazo a la altura de la cadera. Los sollozos de Felo se confunden con la música discreta de un pequeño radio instalado junto a mi cama.

--¿Del Peso, qué?..

--En su máquina no quedó nadie vivo. Los escoltas del otro carro se salvaron, menos uno que fué muerto a tiros por Manuel....

No respondo. No me gusta ese tipo de gloria. Pienso en el otro carro.

--Y el otro carro que dobló antes....

--Murieron los dos que viajaban. Eran sacerdo-

tes. Ahora se les mezcla en el atentado. Están presos todos sus compañeros...

--¡Los pobres...!

Vuelvo a pensar en Del Peso:

--Pero, Del Peso...

--Ya te dije que de su máquina no quedó nadie: su chofer y su ayudante militar --que iban delante-- quedaron achicharrados. Detrás, iban él y su mujer. También murieron...

--¿Su qué...?

--Su esposa. Rosario No sé qué...

--Pero si él iba para la casa de su querida, Manuel lo había chequeado...

--No. Allí la que vive es una hermana de su mujer. Manuel se equivocó esta vez...

--Sí, se equivocó esta vez... Al menos en parte...

INDICE

Introducción.....	5
La Vista Prodigiosa de Inocencio Cueto.....	7
El Precio	19
La Puntería de Amancio Estrada	27
La Lógica del Coronel Perfecto Luna.....	33
Cacería.....	47
Requiem por un Boy Scout	57
En la Valla.....	65
"¡Ya Tenemos Casa!"	77
Militantes del Odio.....	85
Capítulo 1.....	87
Capítulo 2.....	93
Capítulo 3.....	101
Capítulo 4.....	109
Capítulo 5.....	123
Capítulo 6.....	127
Capítulo 7.....	133
Capítulo 8.....	137
Capítulo 9.....	143
Capítulo 10.....	147
Capítulo 11.....	151

7262

EL AUTOR



Bernardo Viera Trejo, al rondar los treinta años, ha vivido una de las más intensas y polémicas vidas periodísticas de Cuba.

Comenzando como caricaturista político cuando apenas contaba trece años de edad, Viera Trejo ha sido redactor, emplanador, corresponsal-viajero en Europa, jefe de redacción, subdirector y, recientemente, director de la edición dominicana de la Revista "Bohemia", empresa para la que ha trabajado desde hace diez años.

En 1957, siendo corresponsal-viajero en el Viejo Mundo, Bernardo Viera visitó la Unión Soviética, China y otros países detrás del Telón de Hierro. La respuesta del Partido Comunista Cubano a los artículos del joven reportero fue un libro de 200 páginas donde lo llenaban de improperios: así debió darles de duro el periodista.

Ahora, desdoblado en puro escritor, Bernardo Viera Trejo presenta en su primer libro una serie de logrados relatos sobre el proceso que ha tocado vivir a los cubanos en sus últimas etapas revolucionarias. En "Militantes del Odio" queda, definitivamente clavado, desde lo trascendental hasta las infamias menudas del "Caso Castro". No dudamos que los lectores compartirán la opinión de la casa editora.

Editorial AIP

EDITORIAL AIP
104 BEACOM BLVD.
MIAMI, FLA.

Precio \$0.80 US

MILITANTES DEL ODI

Bernardo Viera Trejo

EDITORIAL AIP

bernardo viera trejo:

militantes del odio

Y OTROS RELATOS DE
LA REVOLUCION CUBANA

